

EL AGUILA,

PERIODICO INSTRUCTIVO Y LITERARIO.

SÉRIES DE 90 INDIVIDUOS PARA JUGAR Á LA LOTERÍA

Sale cuatro veces al mes. Para cada série de 90 suscritores, se toman, un billete entero, cuatro décimos y ocho papeletas de la Primitiva y cuatro suscripciones gratis.	<i>Precios de Suscripción.</i> 5 reales al mes en la capital, 18 reales por trimestres adelantados, fuera de la capital.	Se suscribe en Sevilla en su redaccion calle de la Cerrajería núm. 34, y por nuestros corresponsales en los principales pueblos de la provincia, y en todas las administraciones de correos del reino.
Año I.	Lunes 22 de Febrero de 1858.	Núm. 2.º

Ciencias Naturales.

El hombre considerado sobre la tierra.

(Continuacion.)

IV.

Por los diferentes medios de que se valió el Omnipotente para poblar la tierra de la especie humana, y para cubrirla con los seres inferiores, podemos discernir las huellas de aquella sabiduría que ostenta la divina providencia en todas sus obras. Si no hubiese habido mas que un solo par de cada género de animales, y un individuo de cada familia de las plantas, y si estas se hubiesen creado en un solo punto de la tierra, las inmensas regiones separadas por anchos mares y elevadas cordilleras hubieran quedado para siempre destituidas en parte, sino en su totalidad, de plantas y animales, á menos de haberles dado mayor poder dispersivo que el de que gozan. Para prevenir un resultado que no hubiera estado en armonía con el sistema general del universo, cada region separada del globo fué provista de una porcion distinta de plantas y de animales. Mas para con el género humano no era necesario un proceder semejante. El hombre fué dotado de una organizacion capaz de acomodarse á todo clima, y con facultades propias para atender á todas sus necesidades. Así pues, surca el Océano y los mares, atraviesa sierras y montañas resistiendo al calor y al frio, modificando con su industria y arte la accion que ejerce sobre él las influencias atmosféricas. Dotado de estas cualidades fué primitivamente colocado en un solo punto de la tierra.

Hoy la especie humana se halla esparcida y ocupa todos los puntos y lugares del globo. En las regiones mas ardientes, en la helada proximidad de los polos, en las más remotas islas circuidas por las aguas y que parecen estar como separadas del mundo, allí está el hombre, allí vive, y allí perpetúa su especie. En el Norte estiende su morada hasta los setenta y cinco grados y al Sud se le vé en las rojas y áridas playas de la tierra del fuego. En una parte sufre un calor mayor que el que basta para hacer hervir el agua, en otra soporta un frio que congela al azogue.

A pesar de las variedades que vamos á notar, no cabe la menor duda, que el hombre forma no solo un género único sino tambien una sola especie; ó bien que, cualquiera que sean las variedades que observemos en la raza humana, dimanar primitivamente de un solo par de individuos.

Para que algunos de nuestros lectores puedan comprender con mas claridad, esplicaremos aunque muy brevemente qué se entiende por género y especie.

Especie: la forman la reunion de individuos ya vegetales ya animales caracterizados por una estructura ó conformacion peculiar fija, constante é inmutable, que pasa sucesivamente de una á otra generacion: así se dice que dos animales son específicamente distintos si están caracterizados por alguna peculiaridad que en el trascurso de generaciones no se pierda ni menos á trasmitirla el uno al otro; así el caballo siempre será caballo y el asno será siempre asno. En este concepto bajo la palabra especie comprenderemos á los seres de igual estructura y conformacion.

Por género se entenderá una idea mas estensa. Hay especies tan parecidas entre sí que desde luego concebimos la existencia de alguna relacion entre ellas. El caballo y el asno, el toro y el búfalo, la liebre y el tigre, son ejemplos que esplican esta accion, puesto que nos presentan una semejanza muy notable: de modo que, la palabra género comprende la coleccion de individuos de varias especies que tienen entre sí una notable semejanza.

No siempre es fácil determinar si varios animales son de una misma especie ó de especies distintas, pues la multitud de variedades que muchas especies presentan, han llenado de confusion á los naturalistas al emprender la tarea de clasificarlas. Por eso al tratar de la especie humana es necesario fijar un poco la atencion, antes de sentar proposicion alguna que pueda inducir al error.

Lo primero que debemos tener presente son las leyes generales de la economía animal, puesto que si hallamos que cualquiera que sean las variedades que presente la especie humana, es igual en ellas la duracion de la vida, los fenómenos de sus funciones naturales, las mismas dolencias, la misma susceptibilidad de adquirir contagios, etc. Tendremos motivos suficientes para creer son todos de una misma

especie. Ecsaminemos estos puntos y confirmaremos esta verdad.

La duracion de la vida. Esta es igual en todos los hombres, de cualquier raza y de todo país. El europeo desde el español meridional, hasta el japon vecino al polo; el habitante del abrazador y arenoso clima del Africa; el salvaje de la América y de las Islas del océano, el ladio del Canadá y el habitante del Celeste imperio (la China) todos tienen igual duracion de vida. Lo mismo el de color negro, como el cobreño, amarillo y blanco. Los ejemplares de longevidad (larga vida) igualmente se observan en unos que en otros. Si una vez se nos dice que un negro en América ha vivido 130 años, otra nos refieren el habitante de los Alpes que murió de 100 ó mas. Entre nosotros hemos visto y tratado sujetos de ambos sexos que han pasado del siglo y apenas harán dos ó tres años cuando en esta ciudad falleció una muger de 117.

Si en algunos pueblos vemos que sus habitantes no gozan de larga vida, no lo atribuyamos á su variedad ni al clima, culpemos solo á su método de vida, pues sus muchos trabajos y penalidades, ó sus abusos y excesos son los que le ocasionan una muerte prematura.

En cuanto á las enfermedades y á la susceptibilidad de contagiarse, todos los hombres son tambien iguales. La peste, la fiebre amarilla y el cólera, desgraciadamente lo comprueban. Luego segun las leyes de la economía animal que hemos visto ser iguales en todos los hombres nos prueban con bastante certidumbre que la especie humana es única y distinta de todos los demás seres inferiores.

Pero llevemos mas adelante nuestra analítica observacion, y ecsaminemos la variedad del color, complexion, figura, estatura, etc. que se observan entre los individuos de la especie humana, y comparemosla luego con las que presentan otras especies de animales.

Primera variedad, el color. Bien notorio es la relacion que existe entre el color de la piel, del cabello y de los ojos, salvo algunas cortas escepciones el ojo azul ó claro corresponde al cutis blanco y pelo rubio; mas la relacion de color entre el cutis y el pelo es casi general. Las mujeres asiáticas y africanas suelen tener el pelo negro y el cutis muy blanco, pero esto depende sin duda, al encierro en que viven y al caido que se dan, estando por consiguiente libres de la accion de los rayos del sol. Siguiendo la opinion de un célebre naturalista, dividiremos á la especie humana en tres secciones, tomando por tipo el color del pelo; la *melánica* ó negra, la *xanta* ó rubia y la *albina* ó blanca; ó sean individuos de pelo negro ó castaño oscuro, de pelo rubio ó rojo, ó de pelo blanco y ojo colorado, que llamamos albinos.

La variedad melánica forma la clase mas numerosa y la que mas prevalece con especialidad en los puntos meridionales. Este pelo es de testura y crecimiento muy vario, desde el largo y lacio de los naturales de América, hasta el encrespado y lanudo del negro africano. A este pelo acompaña un cutis cuya color varia desde el blanco griego, hasta el negro de azabache del abisinio. Tambien se combina con la piel cobreña del americano, con la amarilla del chino y con el aceitunado de algunos asiáticos.

(Se concluirá.)

EDUARDO LOPEZ.

Costumbres.

Sevilla en el año de 1570.

(Conclusion.)

Al llegar el Rey y su comitiva á la puerta Real se cerraron estas y se presentó á S. M. el asistente y respetuosamente le dijo: «que Sevilla suplicaba á S. M. jurase los privilegios, usos y costumbres que por sus antecesores los Reyes le habian sido conferidos, guardados y respetados» á lo que respondió el Rey: «que le placia.»

Acabado el juramento, el asistente le presentó las llaves de la ciudad y acto continuo se abrieron las puertas al compás de los instrumentos músicos, disparos de artillería y de mosquetes y repique general de campanas.

Entró el Rey en la ciudad montado á caballo y bajo un grande y rico palio, cuyas varas llevaban los veinticuatro del ayuntamiento, siguiendo por las calles de las Armas, Sierpes, Plaza, calle de Génova y Gradass. Todas las casas estaban adornadas con ricas colgaduras y flores, y en la carrera se hallaban todas las corporaciones civiles y religiosas, los gremios con sus banderas y estandartes, notándose entre todos la comunidad de S. Francisco de la casa grande que presenó en la plaza cerca de 500 religiosos. En la calle de Génova se hallaban el clero secular, universidad de beneficiados y cabildo catedral, el cual aumentó el número de niños llamados séises, formando dos comparsas de á ocho, una destinada al canto y la otra al baile.

Delante de la puerta grande habia un soberbio arco triunfal y á sus lados dos andenes donde se hallaba colocada la capilla de música dividida en dos coros.

En el porche de dicha puerta se constituyó un magnífico altar de plata, donde se arrodilló el Rey y despues de hacer oracion, juró en las manos del dean respetar los privilegios concedidos por él y sus antecesores á esta Santa iglesia.

Al mismo tiempo, en una antigua torre, que existía en una esquina frente á la Catedral y que se llamaba la torre del Aceite y despues del almirantazgo, pendiente de un aparato de cuerdas y garruchas estaba un buque del porte de un bergantin, el cual artificialmente se comenzó á incendiar arrojando tanto fuego y con tal estruendo que hasta el mismo Rey quedó sorprendido. Cantado que fué el Te-Deum y despues de haber adorado el Lignum Crucis, salió S. M. por la puerta de la Lonja. A la entrada del Alcázar, y en uno de sus torreones penóla de la propia forma que el buque un enorme dragon, cuyos fuegos y estruendo fué así mas sorprendente que el del bergantin.

Quince días estuvo el Rey y su corte en esta ciudad, y los torneos, toros, cañas, mascaradas y demás fiestas que le hicieron fueron tantas, que se necesitaria un volumen para describirlas. A su salida le donó Sevilla á su monarca seiscientos mil ducados. Tal era la riqueza de esta poblacion y tal ha sido siempre el amor y el cariño que le ha tenido á sus Reyes.

Los grandes del reino al llegar á la corte conaban admirados lo que habian visto y presenciado

seguramente á

Olá!

tal Dios mio!

júbilo redoblado al verle, le h delirante. Pero una sola, pude habia sido sem ver continuamente precisos respet cho pedir á n para el campo sentido en ello para aguardar

Nos abrazó para darnos ot cincuenta la c pasos que teni las ventanas. vidrieras, sigui do los siglos siguiente por l vernos á junta al oír el ruido Con qué júbilo corazon! Cómo primeras legua de placer, pue

la puerta Real
M. el asistente
villa suplicaba
costumbres que
abian sido con-
lo que respon-

ente le presentó
uo se abrieron
mentos músicos,
s y repique ge-

ntado á caballo
as varas lleva-
ento, siguiendo
es, Plaza, calle
casas estaban
y flores, y en la
oraciones civiles
nderas y estan-
unidad de S.
presentó en la
En la calle de
ar, universidad
el cual aumentó
s, formando dos
al canto y la otra

oía un soberbio
enes donde se
ica dividida en

constituyó un mag-
odilló el Rey y
las manos del
idos por él y sus

torre, que exis-
ral y que se lla-
al almirantazgo,
as y garruchas
rgantín, el cual
arrojando tan-
ta el mismo Rey
né el Te-Deum
um Crucis, salió
la entrada del
nes penña de la
e dragon, cuyos
prendente que el

su corte en esta
mascaradas y
tantas, que se
ibirlas. A su sa-
seiscientos mil
esta poblacion y
cariño que le ha

á la corte con-
o y presenciado

porta la opinion de la indiferencia? Nosotros ni
conocidos los afectos particulares. Pero, qué im-
el todo la politica universal, porque los son des-
sères sensibles, aquellos suscitados para quienes es
por que este es el gran defecto que ponen á los
ciar como gentes poco atentas y mal criadas.
Marchóse por fin para irnos seguramente á
pues ya no tardarían.

hora empieza la diversion?—A las ocho.—Ola!
por la sala, despues mirando su reloj: «y á qué
—Pienso en eso.» Dijo otras dos ó tres vueltas
pondió la dama).—Vos ireis allá regularmente?
hoy cuando Mad. de... tiene visita?—Sí, (res-
(dijo á corto rato, y de nada se hablaba); no es
nosilabos.... «Pues ahora que se habla de eso
sacaba el reloj, y no respondíam mas que por mo-
á levantar, cortó la sala de un ángulo á otro,
ciente primo. Se levantaba, se sentaba, volvíase
Mas esto era sumamente difícil á mi impa-
el frío aspecto de la sociedad.

nos, suspender deliciosas sensaciones, y tomar
por ella nos fué preciso desentendarnos la-
ni menos que saber de nosotros, y no obstante
nosotros interinos: nada tenía que decirnos,
Aquellos interinos no nos causaba, ni ella sentía por
de penas, para entregarnos á cosas indiferentes:
rancarnos de placeres interiores, y aunque fuese
que política es esta que nos obliga á veces á ar-
mento llegó á hacer una visita á mi tía! Dios mío!

— 45 —

júbilo redoblaba su vivacidad!.... Cualquiera,
al verle, le hubiera tenido por un verdadero
delirante. Pero entre mil frases, de que nó acabó
una sola, pude llegar á percibir que su noche
había sido semejante á la mía: que el temor de
ver continuamente ponerse entre nosotros los
precisos respetos de la Sociedad, le había he-
cho pedir á mi tía que apresurase la marcha
para el campo; que su buena mamá había con-
sentido en ello; y que él se iba al momento
para aguardarnos allí.

Nos abrazó, y marchó; subió segunda vez
para darnos otro abrazo, y despues volvió otras
cincuenta la cabeza en el espacio de algunos
pasos que tenía que dar hasta perder de vista
las ventanas. También yo estaba pegada á las
vidrieras, siguiéndole con mis ojos, y calculan-
do los siglos que se iban á pasar hasta el día
siguiente por la mañana en que deberíamos vol-
vernó á juntar. Y en este día, cuál fué mi gozo
al oír el ruido del coche en que deberíamos ir!
Con qué júbilo subí á él! Cómo palpitaba mi
corazon! Cómo seguía palpitándome! En las dos
primeras leguas era de impaciencia; en la tercera
de placer, pues Verval estaba conmigo.

— 46 —

ta el arte de adelantarse precisamente á aque-
me suponía deseos, y se engañaba: el otro, te-
Cuánla diferencia entre él y su hijo! El uno,
cansa, habría destruido toda su dulzura.

jeto de odio para las gentes maltratadas por mi-
gun placer, el temor de llegar á ser un ob-
por alguna parte pudieran haberme dado al-
motivo de tratamientos tan duros, que aunque
con respecto á los que dependían de él, un
que hace una cosa contra su carácter; y gran,
aquellos poca gracia que regularmente tiene el
dian todo el mérito. Además tenía para ellas
ba realizar de tal modo su importancia, que per-
conocimiento; pero al mismo tiempo, procura-
empeño hechos, que deberían obligarme al re-
ticulares, tan continuadas, y con tan cuidadosos
no cesaba de abrumarme con atenciones tan par-
Este se fué aumentando despues, aunque el

nocho.
advertí desde la primera vez que le había co-
sintiendo en mi corazon el mismo desvío que
las besé ó mas bien mis labios las tocaron,
vándome hacia sí, me presentó su mejilla, yo
Despues, lle-
estas aquí! Qué hay hija mía! parece que es-
ot decir: «y Victoria, donde está? Ola, qué
cuando, buscándome cuidadoso con sus ojos, le
algunas horas? Pero, cuál fué mi admiracion
me sobraba, y á quien no conocía mas que de
me había de atrever yo, que no era mas que

— 38 —

Se me había olvidado decir que Mad. de Ver-
val tenía un hijo del primer matrimonio que,
aunque único, había querido seguir la carrera
de las armas. Hacia ya tres años que estaba
ausente, y entonces volvía de América. Yo ha-
bía visto el vivo y continuo cuidado de mi tía
por aquel jóven á quien amaba tan tiernamente
como si fuese su propio hijo, y de quien me es-
taba diciendo continuamente que era querida co-
mo una verdadera madre. Bien juzgué de aquí
cual debía ser su júbilo por esta razon: mas nun-
ca creí que la vuelta de su marido le pudiese
causar tanto. Cuando dijo: «Voy á volver á ver
á Mad. Verval y á mi hijo» había mudado la in-
flexion de su voz al hablar del último; pero yo
no me maravillé por que conocía al primero.
Levántate, mi querida hija, (añadió) y no ten-
gas jamás semejantes inquietudes, porque care-
cen de todo fundamento. «Di á entender que
lo creía; mas á la verdad no había quedado nada
convencida.

Capítulo VI.

AGRADABLE SORPRESA.

Al día siguiente á nuestra llegada, oímos
venir una silla: vamos corriendo á la ventana:
vemos abrir la portezuela.... Sale uno, entra

Este, nos dió tiempo bien sobrado para salir á recibirle: rodeada teníamos ya la silla cuando él apenas se había movido del rincón en que estaba recostado. Todo el empeño de su mujer y su hijo, y las expresiones de su júbilo, no tuvieron otra contestación que «bueno, bueno estoy: me va bien, os digo: y á vosotros también, eh! me alegro.» Y dando estas frías respuestas, salía con una lentitud.... Con lentitud, eh! me alegro.» Y dando estas frías respuestas, salía con una lentitud....

QUE DIFERENCIA.

Capítulo VII.

cuando llegó también mi tío. si no era aquella la ilusión de algún sueño, y mi primo parecía estarse todavía preguntando me había causado aquel encuentro imprevisto. Aun no había yo vuelto de la sorpresa que creacion del reconocimiento! ra sido á mi el poderme abandonar á la indistintos de sus hijos; y cuán dulce me había-

— 56 —

corriendo en casa, sube á la sala, se arroja en los brazos de Mad. Verval, y ya le tenía dados un millón de besos, sin que se pudiese saber con quién se las había, á no ser por las tiernas exclamaciones de mi querida madre! madre de mi vida! que acompañaba á cada ósculo.

Mi tía tuvo un momento de sofocación, y prorrumpiendo en llanto se libró de un desmayo. El jóven, por fin, se vuelve hácia mí, y se encuentran nuestros ojos..... Júzguese de mi sorpresa; él era aquel generoso oficial que me había sacado de entre las llamas, y cuidado despues tan noblemente de mi suerte..... «Mi querido hijo, (le dijo mi tía) esta es la interesante persona de que te he hablado en mis cartas. Yo la quiero como á hija mía: ámala tú, como á tu hermana.—Soy en extremo dichoso (respondió el jóven).....» Mis ojos que tenía puestos en el suelo, se levantaron para impedirle el proseguir. Me comprendió; y en el primer momento que me proporcionó la ocasión, le di parte de las prohibiciones que su padre me había hecho. Las respetamos, aunque no podíamos hallar motivo alguno para ellas, y apesar de cuanto me costaba el tener un secreto con mi tía, y mas tratándose de un hecho tan glorioso para un hijo á quien amaba tanto. Cuánto llena á los padres la gloria y vir-

habéis cogido de nuevas. Ya había yo visto lo que pasaba en vuestros corazones, y advertido la simpatía con que érais ávidos uno á otro. Habéis confirmado la opinión que tenía de vuestro modo de pensar, no declarándolos sino en mis brazos. El cielo aprueba vuestro amor, cuando pone á su lado la delicadeza y la virtud. Oh! si este amor es seguramente un medio de que sobrevenga su bondad para constituir mi felicidad, háciéndolos á vosotros dichosos. Ah! quiera el cielo inspirar á Mad. Verval.... (Sentí un estremecimiento involuntario). Según su última carta es tanto de vuestra dentro de poco tiempo.» Mi corazón se optimó mas y mas; y creo que hubiera señales de la turbación que me agitaba si no hubiese interrumpido á mi tía el curso de que nos esperaba la cena.

«Hijos míos (nos decía), no creáis que me afectos y ternuras. tante sobre sus mejillas el tributo de nuestros zonas; y nuestros labios depositaban á cada ins- midas, besadas y llevadas sobre nuestros cora- otras, y las de mi tía eran alternativamente opri- grupo cerrado. Nuestras manos estaban unas en de un modo que entre los tres formábamos un mi tía, no poniéndonos uno á cada lado, sino portuna, fuimos á colocarnos otra vez junto á Luego que nos vimos libres de aquella im- hidad nos tenia demasado embargados.

un siquiera pensamos en ella, pues nuestra fe-

— 45 —

El tiempo que esta duró me dió á mi el necesario para calmar un poco mi espíritu. Precisada á contenerme delante de los criados, aproveché el rato que me proporcionaba esta falta de libertad, para reflexionar; y concluí con no atribuir los cuidados de mi tía á otra cosa que al respeto que debía conservar á la memoria de su hermano, á quien creía yo que amaría mucho. Atribuí igualmente su dureza á aquella serie de especulaciones que disecan al alma: me persuadí á que solo había querido hacerse amar de mí, como un padre, por los medios propios de su carácter, y me reprehendí agriamente los presentimientos á que me había entregado.

Así es como piensan los que tienen un alma honrada y sensible. Tardos á admitir impresiones enojosas, y prontos á volver de ellas les es necesaria la misma evidencia para creer un mal, cuando la mas débil apariencia les persuade el bien. Una sola rosa deshojada sobre el lazo que se ha tendido á sus pasos, es bastante para disipar todas sus sospechas. Las mias desaparecieron enteramente, y entregada toda á mi felicidad, pasé la noche en los mas deliciosos sueños.

Con qué impaciencia esperaba á que se levantara mi tía para ir á renovar mis cariños! Cuánto yo temblaba de placer al ver á mi primo, cuyo

gar entero, si padecerse.

Habia prefdo de una simple. Esta consistia como la de Se recibir á amigos demasiado m- sos que quiere tidio de la ciu huertecillo, cu flores; una her- les frutales en un parque fas primo había p Aunque este h visio soberbias la América, de la naturaleza to su magestad, o rado con adm quecillo, obra e maravillas de la arte, sintiendo deliciosa que c tonces.

Aun se le sagrándomele. bre todos los áu

esperaba la cena. biese interrumpir señales de la turbación se oprimió rari de vuelta de miento involuntaria inspirar a Mad. ciónidos a vosotras sirve su bondad este amor es se pone a su lado le brazos. El cielo modo de pensar deis conforado simpatía con que habéis cogido de «Hijos míos afectos y ternura tante sobre sus zonas; y nuestra midas, besadas otras, y las de n grupo cerrado. de un modo q mi tia, no ponia fortuna, fuimo Luego que lidad nos ten un siquiera de

e dió a mí el i espíritu. Pres criados, apro onaba esta falta concluí con no a otra cosa que a la memoria yo que amaría ureza á aquella secan al alma: fuerido hacerse or los medios enhendí agria- me había en-

tienen un alma admitir impre ver de ellas les para creer un encia les per eshojada sobre pasos, es bas chas. Las mias itregada toda á s mas delicio-

á que se levan- aríños! Cuanto i primo, cuyo

rida madre? no es verdad que apruebas.....? esta madre respetable. No es verdad, mi que- nuestra felicidad: lo estoy leyendo en los ojos de tud misma presidida a nuestra felicidad: si, a de la mejor, de la mas tierna madre..... La vir- sola, podrias tener algun recelo; pero delante te. Si yo le hubiera dejado manifestarse estand resistir por mas tiempo; imposible absolutamen perdona. Era imposible que mi corazon pudiese a mis pies.....» Perdona, mi querida prima, si aumentó mi apuro cuando Vernal, arrojándose piracon estaba suspensa..... Pero, cuanto se ma posición que si le tuviesen todavia; y mi res- cuido a los pies, quedando las manos en la mis- seria imposible describir: mi libro se me había ra hablar. Yo me hallaba en un estado que me sus multiplicados carinos, no hallaba tiempo pa- cerse a un mismo tiempo. Mi tia, aturrida con en la cara, todo con tanta viveza que parecia ha- le hacia mil caricias, y le besaba en las manos y madre, se las llevaba despues a las mejillas, y manos tomaba, dejaba, volvia a tomar las de su Si lo hicieras, me harías morir..... «Y con sus por Dios, no te enfades; no me lo impediris, no! por loco por ella.—Pero, cómo hijo mio?—Oh, tanto mas tiempo: yo quiero a mi prima, y es- tia..... «Mi madre? no quiero a mi cuanlo había en ella; se arroja al cuello de mi su mesa con tanta precipitación, que hace caer

— 41 —

gar entero, sin poder hacer otra cosa que com- padecerse.

Habia preferido, pues, á todo la conservacion de una simple casa que el poseia de largo tiempo. Esta consistia en una pequeña habitacion que, como la de Sócrates, era bastante grande para recibir a amigos verdaderos, y muy pequeña y demasiado modesta para atraer a aquellos ocio- sos que quieren llevar al campo el lujo y el fastidio de la ciudad. El jardín se reducía a un huertecillo, cuyos cuadros estaban bordados de flores; una hermosa pradera guarnecida de árbo- les frutales en lugar de álamos; y en vez de un parque fastuoso, un bonito bosque que mi primo había planteado antes de su ausencia. Aunque este había viajado despues mucho, y visto soberbias posesiones, y aunque llegaba de la América, de aquella parte del mundo en que la naturaleza todavia nueva se presenta con toda su magestad, cosa que había frecuentemente mirado con admiracion, al volver a ver este bos- quecillo, obra de su infancia, había olvidado las maravillas de la naturaleza, y obras maestras del arte, sintiendo su corazon una sensacion mas deliciosa que cuantas había probado hasta en- tonces.

Aun se le había hecho mas apreciable con- sagrándomele. En él hallé mi cifra grabada so- bre todos los árboles, una corona de rosas en

Un día estábamos solos mi tia, el y yo. Ha- cia ya media hora que reinaba un profundo si- lencio: mi tia estaba bordando: él escribia o aparentaba escribir; y yo leia en la mano un libro que me servia de pretesto para examinar su presencia, ó por mejor decir, para gozar de ella. Sus ojos no se separaban de mi: sus pá- pados rasados de lágrimas..... de repente deja-

AMOR Y VIRTUD.

Capítulo VIII.

Este está en contradicción con el corazon. en los límites de un plan propuesto, cuando viveza, es fácil mantenerse por mucho tiempo colores su rostro. Pero, en su edad, y con su ferir una espresion pronta a salir, llenarse de do contenerse en su vivacidad, y en vez de pro- semejante, porque varias veces le había nota- su parte, creo que había formado un proyecto siempre a una conveniente distinción. El, por ra bien peligrosa, una reserva que le continuo acompañaba de una cierta espresion de ternu- y oponer a su agradable alondramiento, que obstante el poderle mantener en la ignorancia, hacian aun mas interesante..... Prometímelo, no amable primo, que los defectos de su padre me bían hecho todavia mas querida, y con aquel

— 40 —

Nada diré ni de la vida que allí tuve, ni del interior de aquellos asilos que todo el mundo conoce, ni del modo maravilloso con que me aproveché de las lecciones que se me dieron, ni de las visitas ó cartas frecuentes de aquella buena tia a quien jamás abandonaba su dulzura, y cuyos consejos eficaces me hacian ir amando cada vez mas la virtud. Unicamente diré que en todo lo que me escribia, lo mismo que en sus conversaciones, había una tintura de tristeza que turbaba en mí la felicidad que debía a sus bon- dades verdaderamente maternas. Mil veces quise hacerle conocer cuanto yo padecía con la idea de no tenerla por feliz; pero viéndola que se es- forzaba por aparentar continuamente estar riendo, juzgué que queria ocultar su pena y temí aumen- társela. Solo una vez le manifesté mi inquietud.

A consecuencia de una carta de mi tio, en que anunciaba su vuelta, y mandaba que se me sacase del convento (en que había estado diez y ocho meses) para encontrarme en casa a su lle- gada, mi tia había ido por mi, y estábamos ya en el camino. Yo advertia en ella el semblante de padecer mas que nunca; y que las caricias que me hacia, tenían aquel carácter interesante que solos los desgraciados les saben dar. Me miraba con ojos humedecidos; y teniéndome asida una mano, conocia yo que me la empezaba a apre- tar algunas veces, y se detenía de repente. En

5

de aquella buena tia, que mis temores me ha-
confianza, cuando me vi sola en la compañía
mi alma, hasta entonces oprimida por la des-
ante mano, lazos á la virtud! Cómo se dilata
á quien se ve meditar el crimen, y preparar de
desprecio que merezca! Tan odiosos es el hipócrita
visoso, á quien no puede manifestarse todo el
Tan insubrible es la presencia de un hombre
dida, y aunque se lo volvi con algun placer.
á andarl! Creo que recibí su abrazo de despe-
Con qué desahogo respiré cuando le vi echar
negocios, le obligaron á volverse á ausentarse.
ger y de su hijo. Por fortuna, otros mayores
diferencia con que pagaba la ternura de su mu-
estremadas que tenía conmigo, con la in-
llegaba á irritarme cuando coleccionaba las atenciones
le miraba con un horror increíble: horror que
una tierna inclinación al hijo, cuando á mi to
Yo misma no sabía por qué había tomado
amaban al otro.
es como el uno era temido, en tanto que todos
le servían hacían la cosa como propia. Así
cibaba de un modo tan atractivo, que los que
lirse de otro, aunque pudiese mandarlo, lo soli-
lo hacia todo por sí mismo, ó si tenía que va-
El padre, mandaba y atormentaba; el hijo
le el mismo de que yo llevase á bien sus cuida-
birme el agradecimiento, y éste, parecía tener-
llos que iba á tener. Aquel, parecía prescri-

— 39 —

medio de esto, «mi querida hija!» repetía sin
cesar con un tono que preparaba mi corazón á
recibir los secretos del suyo; y siempre fué bur-
lada mi esperanza. Jamás seguía con cosa algu-
na; y si añadía algo eran ruegos y plegarias por
mi felicidad..... Ni aun me atrevía á decirle que
dividiese conmigo las penas en que la suponía
sumergida; como lo haría yo en igual caso.

En tanto llegó la noche, y una y otra guar-
damos el mas profundo silencio. Mi mano siem-
pre en la suya probaba de tiempo en tiempo aque-
lla misma impresion de empezar á apretarla y
detenerse de pronto. Siento..... Me arrojo á sus
rodillas.—«Oh mi bien hechoral oh muger la
mas respetable! Vos sois desgraciada. Esta lá-
grima que ha caído en mi mano..... á mi cora-
zon ha ido á parar: poned en él igualmente vues-
tras penas; digno es de un tal depósito: creed á
mi ternura.»

«Cuánto aprecio tu bondad, mi querida hija!
(me respondió) y cuánto la manifestas en esta
acción! Pero tranquilízate: yo no tengo mas pena
que la de estar amagada continuamente de vahidos.
Esta es una enfermedad como cualquiera
otra; y aun es mucho menos de lo que se cree
por sus síntomas. Todo lo que agita violenta-
mente los renueva, y en mi estado es cosa muy
natural el sentir estos movimientos en el mo-
mento en que voy á volver á ver á Mad. de Ver-
val, y á mi hijo.»

de la indiscreta muger que en aquel mismo mo-
«Cuánto renegué, y cuánto renegamos todos

los corazones.
grimas y vuestras manos intérpretes de nues-
bamos un religioso silencio, siendo oprimidas la-
los buenos y honrados pensamientos, guardá-
nados en la pura y dulce satisfacción que dan
de rodillas delante de ella, y todos tres, enage-
la espada y me oprimió contra sí: Verval estaba
mi rostro en su seno. Ella me pasó un brazo por
guntó su madre. Mi respuesta fué ir á ocultar
correspondencia.—Es verdad, hija mía! (me pre-
yo estoy bien seguro de que me paga con alguna
tros corazones se han sabido entender bien, y
mas nos hemos hablado una palabra, pero nues-
primat.—Oh! seguramente; sí, las conozco. La-
pref.—Pero tú conoces las disposiciones de tu
ponerse á mis pies) dichoso, dichoso para siem-
oh mi querida, mi amada prima! (volviendo á
oh madre mía! (estrechándola entre sus brazos)
de eso quisiera.....—Oh dicha! (exclamó Verval):
disipa todo temor: á mi no me parece mal: lejos
hayas asegurado en mi esperanza.—Pues bien:
escucharme.—No, yo no escucho mientras no me
ama tanto, que le quiere tanto.....—Pero hijo,
liz para siempre á tu hijo; á tu buen hijo que le
solo en que lo que vas á decir hará feliz ó infu-
mio.—Oh! no, no mas peros, por Dios: piensa
Y ya estaba otra vez en sus brazos.—Pero, hijo

— 42 —

— 47 —

Capítulo IX.

LA CASA DE CAMPO.

Su padre, por su caudal, y por el estado
en que se hallaba pudiera haber tenido una gran
posesion, un hermoso palacio, y ser señor ju-
risdiccional. Al mismo, no le faltaban los de-
seos de ello desde que sus especulaciones con
el gobierno le habian enriquecido, pero estas
mismas especulaciones le tenían por lo comun
ausente, y Mad. de Verval habia encontrado
siempre medios para dispensarse de hacer por
él esta adquisicion. El pretexto era el temor de
acertar á darle gusto; y el verdadero motivo, el
deseo de evitar los muchísimos conocimientos
que le era preciso cultivar á causa de su ma-
rido, y que si hubiese tenido un palacio, y mas
en las inmediaciones de la ciudad, no hubieran
dejado de ir á incomodarles con su inutilidad.
Mas adelante, supe que tenía todavía otro mo-
tivo mas propio de su buen corazón, que era
el temor de que la dureza de Mad. de Verval
no hiciese tantos desgraciados cuantos fuesen sus
vasallos. Siendo simple particular, solo podía
atormentar á sus criados, y era muy fácil á su
dulce compañera el recompensarles de algun mo-
do pero, señor, habria visto abrumar á un lu-

en la entrada
terminando su
á ser un refra
en Sevilla no

El

DE D.

Angel.... Mu

torna

mira

ves

abroj

Há

no tie

que

y yo

si un

Tu

que

si en

mas.

de la

Diablo.... No

allá e

postr

dicién

con a

¿Y

tu tie

y ent

que s

es tar

Sig

hacia

tú en

que

en el

Angel.... ¿D

ay! t

la an

ellas

del

Ba

un a

deter

no so

y llo

en la entrada y permanencia del Rey en Sevilla,
terminando sus relatos con una frase que ha venido
á ser un refrán entre nosotros: «Quien no ha estado
en Sevilla no ha visto maravilla.»

FERNANDO CUEVAS.

El Angel y el Diablo.

POESIA

DE D. EUGENIO SANCHEZ DE FUENTES.

I.

La Lucha.

Angel.... Muger, muger hácia atrás
torna el paso, tal vez llores,
mira que á perderte vás;
¿ves esa senda de flores?
abrojos son.... nada mas!

Hácia ese sol, niña mia,
no tiendas tu blando vuelo
que su luz te quemaría,
y yo puedo darte un cielo,
si un cielo tu pecho ansía.

Tuyas serán estas alas
que me dió la Omnipotencia
si en la pureza me igualas...
mas... si el perfume exhala
de la flor de la inocencia.

Diablo.... No has visto un fantasma, di,
allá en tus sueños de oro
postrado, niña, ante tí,
diciéndote «Yo te adoro»
con ardiente frenesí?

¿Y una llama no sentiste
tu tierno pecho abrazar?
y entonces no conocistes,
que sí el corazón existe
es tan solo para amar?

Sigue mis pasos, hermosa,
hácia un mundo seductor;
tú eres delicada rosa
que ha de reinar orgullosa
en el jardín del amor.

Angel.... ¿Dónde vas, niña querida,
ay! teme pues, de las pasiones
la amarga y profunda herida,
ellas son los aquilones
del récio mar de la vida.

Bajo mis alas de nieve
un asilo te ofrecí,
deten, deten el pié breve,
no soy yo quien llorar debe.
y llorando estoy por tí.

Diablo.... No te abandone el valor
tu camino al emprender,
y nunca olvides, mujer,
que la dicha es el amor,
y el amor es el placer.

Angel.... Salvarte, hermosa, es mi anhelo,
con tierna solicitud;
tu guía seré en el suelo
que la dicha es la virtud,
y la virtud es el cielo.

(Se continuará.)

REYES

que han residido ó visitado á Sevilla despues de su
conquista á los Sarracenos.

S. Fernando que la conquistó y residió en ella
hasta su muerte.

D. Alfonso X que vivió y tambien murió en ella.

D. Sancho IV residió en ella muchos años y fué
el primero que el año de 1293 sacó procesionalmen-
te la espada de S. Fernando, llevándola con sus
manos.

D. Fernando IV que nació y residió muchos
años.

D. Alfonso XI estuvo en varias ocasiones.

D. Pedro I lo mas de su reinado lo pasó en
Sevilla.

D. Enrique III vivió en ella algunos años.

D. Juan IV tubo su córte en Sevilla.

D. Enrique IV residió varias veces.

D. Fernando V y doña Isabel I estuvieron mu-
chas veces.

D. Carlos V celebró sus bodas en esta ciudad
con la Infanta doña Isabel de Portugal.

D. Felipe II en el año de 1570.

D. Felipe IV el año de 1624.

D. Felipe V estuvo tres años con toda su fami-
lia, por consiguiente residieron en ella D. Fernando
VI y D. Carlos III antes de ceñir la corona.

D. Carlos IV antes de abdicar la corona.

D. Fernando VII el año de 1823, en cuyo
tiempo nació el infante D. Enrique.

Hoy residen en ella la Serma. Sra. Infanta doña
Luisa Fernanda con su augusto esposo el Sermo.
Sr. Duque de Montpensier y sus cuatro hijas, nacidas
todas en esta ciudad. Solo resta para mas gloria
de esta ilustre ciudad el que su amada Réina doña
Isabel II se digne un día honrarla con su presencia.

J. A. Fernandez.

Costumbres Orientales.

En prueba de lo errado que han estado algunos

escritores atribuyéndole á los chinos una civilización mas adelantada que la nuestra, tomamos del Periódico la *Ilustración Inglesa* el siguiente artículo.

«Un misionero de Mandchuria da sobre la vida de los chinos los curiosos detalles que siguen:

El alimento de los chinos es insípido por lo común. Cuando quieren hacer grandes comidas, como los estremos se tocan, de una sencillez salvaje caen en una afectación ridícula.

Sacan á la mesa manjares muy raros y mas ó menos singulares, como verbigracia, aletas de tiburón, huevos de lagarto, crestas de pavo real, algas marinas, rabos de ciervo, etc. Todo ello sumergido en calderos de caldo de todos colores, hasta verde. Este plato verde es de rigor en una comida cuando se tiene un convidado respetable. Por lo demás casi todos nuestros cristianos son pobres, y les es imposible hacer alarde de ese lujo grandioso.

Cuando el obispo ó el misionero llega á una estancia para visitar á los cristianos, le tratan con muchas atenciones. Cuecen una gallina en un caldero lleno de agua; compran un poco de arroz y algunos panecillos cocidos al vapor, amasados con levadura de potasa y blanqueados con vapor de azufre, de suerte que están blancos por dentro y amarillos por fuera. Si hay cerca un mercado compran algunas libras de puerco fresco.

A los chinos no les gusta el carnero, prefieren la cabra, pero esta carne no abunda. En cuanto á los bueyes, solo matan aquellos que están muy viejos ó causados. Por lo demás, lo mismo sucede con todos los animales que trabajan. Repito que en la China todo se come, el animal que no sirve y el que está devorado por una enfermedad cualquiera. Los perros se reservan para las grandes recepciones, así como los gatos.

Nuestras legumbres son: nabos enormes y *petsae* especie de berza-colza. Durante el invierno las conservan en hoyos cubiertos. Los Chinos no tienen cuevas; como sus casas no son mas que cobertizos, las cuevas son imposibles. Durante el estio tenemos espinacas, lechugas y judías; también hay guisantes, berenjenas, batatas, patatas mas pequeñas y menos farináceas que las nuestras; melones muy pequeños, sandías, calabazas, etc. todo muy insípido. También se cultiva el pimiento. Este es bien pobre y miserable.

En el Sur del imperio hay algunas frutas tropicales. La naranja, de la que se hallan especies deliciosas, solo se encuentra mas allá de los 30° de latitud hacia el Norte. En el Chantong, el Petchely, el Chansi y otras provincias situadas entre el 30 y el 36 grados crece el nispero, especie particular de la China y que es superior al europeo. Su fruto llamado *che-se*, es tan grueso como la naranja y de un amarillo de oro.

En cuanto á nuestras frutas de Europa, peras, manzanas, ciruelas, cerezas, melocotones y albaricoques, son muy raras, insípidas y de calidad inferior ó mala. Es porque en estos países de Oriente solo se conoce invierno y verano al frío; sucede un calor excesivo que apresura y precipita la madurez de las plantas. Estos climas son poco favorables á las huertas porque faltan los estaciones templadas de Europa.

En la China las costumbres no permiten á las mujeres salir á los tablas; los artistas que desempeñan el papel de mujeres se coronan la cabeza de flores y se pintan la cara con málices pálidos y lívidos. Cada cual desempeña su papel gritando, aullando á veces, vociferando siempre en falsete, con el acompañamiento ó cencerrada de una música infernal de tantanes, panderetas, bombo, cuernos de búfalo, flautas y violines destemplados.—Un violin cuesta media peseta.

Las piezas, sean comedias ó tragedias, no se dividen en actos, escenas, etc. Son rasgos de historia ó de novela, anécdotas mas ó menos completas, y para eso, los actores, sometidos á la voluntad de los que los han llamado, apenas hacen mas que representar un episodio de esos mismos dramas.

Hecho esto, pasan á otra cosa sin mas ceremonia, según el programa tratado de antemano. Suelen estar en la escena tres días enteros desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, excepto el tiempo de la comida. Por lo regular los teatros se instalan en medio de un camino ó en una esplanada, al aire libre.

Las lluvias y el granizo hacen á veces los entreactos y entonces cada cual echa á correr, pues los chinos que soportan el sol no pueden aguantar la lluvia.

En medio de la canícula se ve siempre una muchedumbre, las mujeres con la cabeza desnuda, en pie bajo un cielo de fuego, sin moverse durante tres días para esenchar ó mirar la comedia, y no esperen comprendan mucho. Esas piezas están sí en estilo popular, pero los actores no recitan, sino que cantan y de falsete, de modo que entre veinte personas, quizá no hay una que sepa de que se trata y que pueda analizar aquellos gritos salvajes inarticulados.

Pero á fin de llamar la atención, los actores, sobre todos aquellos que desempeñan los papeles de criados, que son como unos payasos, saben añadir al drama muchas reflexiones barlescas, y luego á cada instante sobrevienen esas cencerradas que operan en la muchedumbre un efecto mágico; parece que se magnetiza con el ruido. Los artistas son pagados por los habitantes de los lugares en que trabajan. Como todo está al aire libre, todo el mundo tiene entrada. Una representación de tres días á grande orquesta cuesta de ciento á ciento cincuenta francos.»

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de fuera que para el día 28 no hayan satisfecho su trimestre no extrañen deje de remitirse el periódico.

Editor responsable, José M. Moreno y Jimenez.

SEVILLA 1888.

IMPRENTA DE JUAN MOYANO Y COMPAÑIA.
Colcheros 21.

PER

Sale cuatro
Para cada
man, un billete
papeletas de la
nes gratis.

Año

A nu

Estand
la empre
el prospe
al Gobie
designac
tes y pap
den á aq
poder. E
to que el
designac
do que el
lebra el

Noticias de la
el

EXTRACTO

En veint
un terno c
si no tomas
en mí la d
El quince,
y aunque
¿No están
cincuenta
Decirles ta
«y esto t
que siemp
toda cába
Advertirle
que aunqu
se anticipe
88= no de

90=. El